

## De "la calle" a "la nación"

(Lectura de un periódico en tanto órgano generador del nacionalismo revolucionario, 'oscilador semántico' de la ideología política boliviana)

Nelson Ferrufino R.<sup>1</sup>

*¡Percute el tambor, el tambor de la Nación!  
(Faye, *Langages totalitaires*, p. 44)*

En cada momento acontecimental, la historia es dos veces ella misma: 1) es la historia que se hace —sus ocurrencias— y 2) es la Historia, el relato, la narración, el cuento y la cuenta de esa 'historia', la cual, a su turno, no se hace sino por este redoblamiento, este rebatimiento del lenguaje sobre la ocurrencia. La historia es, entonces, el conjunto de las ocurrencias y el lenguaje de las mismas; de lo que se trata, en nuestro caso y propósito, es de relevar la constitución del nacionalismo boliviano (ocurrencias y relatos), como lengua narrativa particular en un periodo o franja 'histórica' dada —la que va de la Guerra del Chaco (1932/35 a la llamada Revolución Nacional de 1952). Para tal afán, según Jean Pierre Faye, tendríamos que confrontarnos, metodológicamente hablando, a lo que él denomina una "sociología de los lenguajes" (primer grado analítico que precede a unas semántica histórica y crítica de la razón y la economía narrativas); sociología "que describa la doble topografía del discurso económico y las posiciones de clase, posiciones de clase de los diferentes reporteros (o recitantes) sobre esos dos planos"<sup>2</sup>. La constitución de esta topografía social y política de los lenguajes comporta una disciplina empírica consecuente. El lenguaje es,

entonces, un material inicial, es el material mismo de las narraciones inmediatas (o de la constelación de las versiones activas), tanto económicas como ideológicas. Los momentos disciplinares y analíticos serían: - la conformación de una topología de los relatos; - la construcción de una "sintaxis" política común a las dos lenguas, ideológica y económica; - desprender de la "sintaxis" construida, los mecanismos del proceso de aceptabilidad de la lengua política dada; y, - finalmente, el dar con los "efectos de acción" de los relatos.

Por otra parte, la historia acumula las versiones verdaderas y falsas de las ocurrencias (de lo *real acontecido*), es la matriz inagotable de los relatos, cuyos efectos son calculados, retomados, transformados, amplificados. Una versión conduce a una otra, primeriza respecto a aquella; un narrador a un primer narrador y así sucesivamente. Hay pues, en la historia, una superposición de versiones; lo propio del "historiador" sería querer volver, de manera consecuente, a la narración primitiva, para contarla todo de nuevo: volver a las fuentes y restablecer la relación inicial de la narración y la multiplicidad (el momento inicial de su nominación primera). Ello sin énfasis historicista sobre los orígenes y los

<sup>1</sup> Filósofo, docente del programa de Didáctica de las Matemáticas e investigador del Centro de Mejoramiento de la enseñanza de la matemática y la informática de la Facultad de Ciencias y Tecnología (UMSS). Coordinador del programa interfacultativo de investigación "Universidad y enseñanzas universitarias en la sociedad de la información", FHCE - FCyT Universidad Mayor de San Simón. Ha publicado diversos artículos sobre temáticas educativas y universitarias.

<sup>2</sup> FAYE, J.P., *Langages totalitaires*, Hermann, Paris, 1972, p. 714.

nombres, sin sacralización de “lo vivido”, sin apropiación de la acción a todo precio. Simplemente, restituir bajo el relato “verdadero” “la trama permanente y actuante de la narración primitiva”<sup>3</sup> que de alguna manera, lo ha engendrado.

El “relato historiante encuentra su ‘verdad’ en la coincidencia de dos o más variantes narrativas, distintas en su fuente”<sup>4</sup>. Esta coincidencia hace aparecer, da lugar a un relato unificado obtenido por la superposición de trazos: la visibilidad del relato único es la resultante del eclipse de las versiones. Es decir, existe solamente *una* sola versión que puede entrar en el relato “verdadero”. No pasa lo mismo con las diferentes versiones de la narración primitiva; ya que, todas ellas son activas en la concurrencia, ahí tenemos el *conflicto* de las versiones y el problema de la *aceptabilidad* de las mismas (¿de su legitimidad?).

En este contexto, no hay jamás borradura de las versiones; hay, a lo sumo, suspensión de ciertas versiones y nada más: “suspensión en aquello que se hace, fuera de su texto narrativo: fuera del lenguaje — para entrar en el relato histórico como su acción”<sup>5</sup>. Es así que la narración primitiva hace posible el relato historiador, lo hace posible no en tanto documento, sino en tanto “referencia”, trama múltiple por la cual la serie real del “acontecimiento” se ha engendrado a sí misma. Tenemos entonces, por un lado, la trama de las narraciones primitivas articulando el proceso fundamental; y por otro lado, el relato historiante, reduciendo (o intentándolo al menos) a una

sola las diversas variantes del mismo hecho. Relato histórico que, en este afán, diseña versiones diferentes de relato, esta vez, ideológico: “Ya que, la ‘verdad’ de la historia, sería a la vez, y contradictoriamente en apariencia, conducir a una sola las variantes de un mismo *hecho*, pero también describir, en su conjunto, las múltiples versiones de la narración primitiva como portadoras de *efectos*”<sup>6</sup>.

Finalmente, “existe, en la historia, un efecto de *producción de acción*, por el relato”<sup>7</sup>. Efecto de relato que implica, que conlleva una producción de acción suplementaria. Efecto de la narración (de la forma narrativa) sobre la acción que está narrando. Relatos, narraciones que pueden *cambiar* la cara o la forma de los pueblos o naciones.

“En la trama misma de los cambios materiales se tejen, así, esos cambios de la ‘cara’ (o de la ‘forma’), producidos *por* la forma narrativa misma”<sup>8</sup>. La historia comienza con ese doble proceso: cambio material e intercambio, o cambio de forma — transformación a través de la cual, el objeto mercancía, p.e., pasa de su forma natural de cosa bruta a su forma moneda—. El lenguaje de las mercancías nace de este cambio de forma que se efectúa, cada vez, por un intercambio: “Sobre la base material de la historia (...) el intercambio y la circulación de las lenguas narrativas hacen intervenir aquello que, de pronto, cambia la ‘cara’ de las cosas o de los pueblos: he ahí, de repente, circunstancias cambiadas”<sup>9</sup>.

Interesarse en el proceso de intercambio significa, entonces, considerar el proceso

<sup>3</sup> FAYE, J. P., *Théorie du récit*, Hermann, París, 1972, p. 108.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 108.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 110.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 111.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 21.

entero del lado de la forma, es decir, solamente del lado del cambio de forma, el cual mediatiza el cambio material en la sociedad. El cambio de forma hace posible el cambio material, aunque este último lo determine. Es la circulación de los enunciados narrativos, p.e., lo que los carga de tal efecto de forma: “Entre cambio de forma y cambio de materia, se despliega la dialéctica fundamental de la acción recíproca: de la acción del cambio”<sup>10</sup>.

La historia como narración es pues un objeto que cambia; pero que cambia su objeto también, su acción. La narración opera y cambia la acción misma que cuenta, que relata; opera sobre su acción contada. De esta manera, cambiando lo que cuenta, se transforma a sí misma contando. J.P. Faye intenta enunciar, bajo una fórmula simbólica, este axioma narrativo: “Si F es una marca (*frappe*, flecha) perteneciente a la narración N de la acción A, existe una secuencia S de la narración N que cambia la acción A por la marca F, sea:

$$F \in N(A) \Rightarrow \exists S(N) \rightarrow A$$

La marca F será dicha determinación de N. Al conjunto de F de N cambiando A, está ligado el tipo de acción que define A. Al conjunto de todas las secuencias narrativas concretas que cambian la acción A (reportándola), se liga, a partir de ese momento, la elección de un objeto teórico, a describir y a explorar. Lente de aumento que permitiría un nuevo acceso al detalle eficaz de la historia”<sup>11</sup>. Según Faye, hay que designar, ese dominio de exploración, como el “terreno de la violencia narrativa”.

En el corazón de la historia real, el enigma de sus operaciones formales está a la medida, a la altura, de sus efectos concretos: avasallantes o liberadores.

### Lectura de “La Calle”: ¿En busca de una narración ‘primitiva’ o de un relato ‘verdadero’?

En lo que sigue, intentaremos reconstituir el recorrido lento y progresivo del periódico “La Calle”\*, en relación a: 1) su carácter contestatario del *statu-quo*; 2) el contexto histórico de la postguerra del Chaco (1932-1935) y 3) en relación a la constitución y articulación del discurso del nacionalismo revolucionario.

Reconstitución, básicamente, cronológica y que no excederá los marcos del órgano; reconstitución, cuya articulación intentará subrayar, con un cierto énfasis analítico y lógico, los momentos de ‘problematicidad enunciativa’ en relación a lo *real acontecido*. Además, valga avanzar que “La Calle” no fue un simple órgano periodístico; fue también en gran medida, la *calle*, el lugar de (re)encuentro de la multiplicidad indiferenciada, de lo que algunos austeros sociólogos denominan, púdicamente, *pueblo*. A momentos, pues, nuestra reconstitución tratará de lo callejero de “La Calle”, es decir, de sus ‘efectos de producción de acción’ **en la calle**\*\*, de su plusvalía práctica y no solamente de su plusvalía simbólica (en términos de producción de opinión pública).

Sabemos que un periódico pasa por ser una fuente de consulta primaria, es decir, primeriza respecto a posibles y futuras elaboraciones secundarias, reflexivas,

<sup>10</sup> FAYE, J.P., *Langages totalitaires*, Hermann, Paris, 1972, p. 7.

<sup>11</sup> FAYE, J.P., *Dictionnaire politique portatif en cinq mots*, Idées/Gallimard, Paris, 1982, p. 251.

\* Diario del Partido Socialista, cuyo secretario general es Carlos Montenegro hasta Julio de 1936. Nazario Pardo Valle fue el primer director del diario. A partir del número 346, el director fue Armando Arce.

\*\* Todas las negrillas del texto son nuestras.

estudiosas. Un periódico está reputado significar estrechamente los acontecimientos, los hechos cuya atención retiene; así, podemos afirmar que un periódico es un conjunto de signos que traducen, transforman ciertas realidades en eventos. Es el diario, el registro escritural *de-lo-que-acontece*, de lo que pasa, su calca discursiva. Pero, ¿qué es lo que pasa? Evidentemente, no cualquier cosa. El periódico no es catálogo exhaustivo del acontecer, el acontecer no es una cadena indefinida y neutra de hechos, los hechos no importan, ni valen por sí mismos. Hay hechos relevantes y hechos irrelevantes: la relevancia es el lugar de la pertinencia de la retención del acontecer.

Lo que pasa, entonces, pasa al interior —o en los bordes— y, nunca al exterior del órgano. El periódico destaca los hechos, su lógica es la del fragmento, lógica fragmentaria; su orden es puramente connotativo. De ahí que el órgano devenga documento, ergo, fuente de consulta primaria, referente, realidad segunda, objeto de interpretación. Confrontar la secundariedad del documento con lo *real acontecido*, es asunto de los historiadores. Dar cuenta de la secundariedad, es decir, de los sistemas de connotatividad, es afán semiótico, de las ciencias del lenguaje. Queda un *resto*, tal vez, pasible a un tratamiento, digamos, filosófico, especulativo, reflexivo: el de la retención, de la significancia, de la *representatividad* de los hechos y de su correlato subjetivo: ¿quién elige el hecho? ¿o qué hechos son elegibles y elegidos por alguien? Diríamos que la historia es la hija, pretendidamente huérfana, de la selección...

Desde el primer número —martes 23 de Junio de 1936—, nuestro diario de la

mañana se pone “a disposición de todos los explotados”<sup>\*\*\*</sup>. Estamos al día siguiente de la Guerra del Chaco y el país vive desde el 17 de Mayo, lo que cierta historia denominará Socialismo Militar, para designar la voluntad de establecer “un nuevo orden” que tienen ciertos jóvenes oficiales salidos de la guerra y “ansiosos por borrar su desastre militar con el radicalismo político”<sup>12</sup>. En este momento inaugural, dominado por el sentimiento de reconstrucción, “La Calle” traduce su disponibilidad abierta a todos los explotados, en términos de apoyo militante y entusiasta al nuevo gobierno militar.

Tal apoyo discurre a través de los enunciados siguientes:

- a) la distinción entre dos “órdenes públicos”: el socialista y el de la rosca (oligarquía altoperuana, “anillo de hierro que ha oprimido al pueblo y succionado la vitalidad del país”).
- b) la categorización del conjunto de los explotados en:
  - “los que ganan penosamente el sustento y empujan el carro del progreso nacional”: los trabajadores manuales e intelectuales.
  - “los excombatientes y mutilados de la guerra”: juventud.
  - “los indígenas marginados de la humanidad y civilización, bestias de carga en la paz y carne de cañón en la guerra”.
- c) la aceptación del ejército como el abanderado de la doctrina social (“dejarle todo el campo de maniobra que requiera...”). El ejército admite la “imposibilidad de hacer **gobierno revolucionario** asociándose al

<sup>\*\*\*</sup> A lo largo de este texto, todas las citaciones sin llamada al pie de página, están tomadas de “La Calle”.

<sup>12</sup> KLEIN, Herbert, *Orígenes de la revolución nacional boliviana*, Ed. Juventud, La Paz, 1968, p. 264.

**contrarrevolucionarismo republicano**". Y "ofrece" su **cooperación** (de "máxima energía") a la doctrina socialista. Según los militares gobernantes, es la **capacidad moral** la garante del cumplimiento del ideario socialista: "el gobierno sabe que la solución de los demás problemas advendrá lógica y fácilmente". En este contexto se habla de "medidas de más vigor", de "senderos de máxima equidad", del "control de actos e intenciones anarquizantes", del "nuevo Estado". Sin embargo, la alternativa mayor está planteada: "o emplear la energía sin limitaciones contra la rosca o transar con la misma".

- d) la denuncia del "hipócrita temperamento **legalista** de las democracias altoperuanas" y del poder burgués en la



- f) la necesidad de gobernar con los 'más capaces'; lo cual implicaba, siguiendo el anterior esquema, una "desvinculación con los partidos políticos". Desvinculación proclamada por el gobierno militar.

Antes de seguir multiplicando los enunciados de apoyo, conviene restituir, en su materialidad discursiva, un elemento de contradicción, de fricción al interior del enunciado e). Tal elemento es el del **apolitismo**. Justamente, en el número 4 (26-6-36) de "La Calle", encontramos un pequeño artículo titulado "Sobre el apolitismo de algunos obreros"; en el

concentración económica (industria minera) y el empleo público (marcado por el peculado, el robo, el servilismo y la coima).

- e) la urgencia de precisar los conceptos socialistas. A partir de una redefinición de la política como la práctica propia de las organizaciones de izquierda; tal redefinición se apoya en una crítica de la politiquería tradicional y de sus actores, los 'políticos' al servicio de la rosca. La verdadera política implica una doctrina (en este caso, la socialista) y agentes (políticos) "desinteresados", "honestos". En medio de políticos y 'políticos' se encuentran los 'apolíticos' "virtuosos de la ciudadanía y servidores entusiastas de todos los gobiernos". Así, tenemos el siguiente esquema :

mismo, se afirma, entre otras cosas, que "el eje principal para conseguir la total emancipación es la política". Allí mismo se denuncia el apolitismo como "la actitud más culpable que puede asumir un hombre para con su país". Además, la "negación de la eficacia política" es un acto anarquista. El autor del mencionado artículo no ignora, al contrario, que la política socialista es una política clasista; al mismo tiempo, afirma que el socialismo es un "movimiento nacional". Unos días más tarde, Fausto Reinaga (futuro ideólogo y fundador del Partido Indio de Bolivia) enuncia la "nacionalización de todos los

medios de producción” como “la misión económica de la revolución socialista” —a diferencia de las “revoluciones de palacio”; para Reinaga, el socialismo verdadero consiste en “fundar la patria definitiva”.

Sin exceder los límites de la connotatividad marcados por “La Calle”, podemos afirmar que desde los primeros números de nuestro periódico comienzan a diseñarse, a ‘enunciarse’ los sintagmas básicos del discurso nacionalista boliviano, tales como: movimiento nacional, nacionalización de los medios de producción, nuevo Estado, socialismo nacionalista, socialismo de Estado, revolución socialista, anti-imperialismo, anti-rosquismo y otros. El radical e irreversible rechazo del sistema tradicional —tanto en lo político como en lo económico— por parte de la denominada generación del Chaco, puso al desnudo la ausencia de una alternativa política capaz de satisfacer las expectativas de los diversos sectores del país. Es más, el descubrimiento brutal de la esencialidad racista del Estado boliviano, organizado por castas y, secundariamente, por clases (curiosa, anacrónica y caótica “mezcla de factores étnicos y sociales”), hizo aflorar descarnadamente el problema nacional y coadyuvó grandemente a la quiebra definitiva de los pseudodiscursos ‘indianistas’, anteriores a la guerra.

De ahí en adelante, la **interpelación indígena** se hizo patente y omnipresente; y, se constituyó, es nuestra *tesis*, en el **polo central** —unas veces explícito, casi siempre implícito, clandestino— del *campo mismo de la producción discursiva social: la historia boliviana comienza a leerse, a producirse y a escribirse a través de dicho polo*. En otros términos, si admitimos como J.P. Faye que ‘la Historia es un proceso de lenguaje’, podemos estar seguros que la determinación del **sentido** de la historia boliviana pasa por la inevitable dilucidación de los

diferentes sentidos que pusieron en juego las múltiples versiones narrativas articuladas en estas circunstancias particulares. Podríamos añadir que *lo indio* devino la componente sintáctica esencial de lo que N. Chomsky llama estructura profunda. Veremos cómo el nacionalismo revolucionario —sintagma final—, no escapa a tal interpelación.

Pero, volvamos a nuestra reconstitución de “La Calle”. Claro, tal reconstitución reconoce, siguiendo un cierto relato histórico, el rol catalizador de “La Calle” en la formación del discurso nacionalista revolucionario; y añade, a manera de hipótesis, el carácter nodal de *lo indio* en tal formación. Sin embargo, tanto el reconocimiento como la hipótesis son productos de una ‘elaboración secundaria’ respecto a la **letra** de “La Calle”, respecto a ‘lo que dice’. A riesgo de ser, abusivamente, repetitivos; pero, seguros de dar con las hebras esenciales del tejido narrativo que nos incumbe, retomemos nuestra cuenta.

En el número 18 del 12-7-36, Augusto Céspedes —uno de los principales emisores ideológicos del periodo—, afirmaba en una entrevista: “Es indudable que Bolivia ingresa a una etapa consciente de su personalidad nacional. La guerra ha despertado su vitalidad” (...) “Hablando en términos marxistas creo que en Bolivia la primera etapa a cumplir es la de la nacionalización antes de la colectivización. Luchar contra el imperialismo y sus agentes es el primer problema”. Céspedes menciona, a propósito, “la capacidad biológica y moral del país”. Unos días más tarde —25-7-36—, nuestro emisor sostiene en una carta “hay dos problemas sociales en Bolivia: el imperialista y el de clases, o sea el de la nación y el de los trabajadores. La solución del problema del imperialismo es previa (...) La tarea clasista propiamente

dicha, exige la estructuración del sujeto “clase” cuya composición en Bolivia presenta un curioso anacronismo caótico. El proletariado boliviano es un conglomerado de factores étnicos y sociales (...) Organizar este caos étnico y social sería la obra preparatoria de la revolución”. Mencionemos que la citada carta se inscribe en el afán de la oficialidad gobernante de imponer la sindicalización obligatoria en “aras” de la “unidad nacional”. Algunos miembros de la oficialidad se formaron en Italia a fines de los años 20 y ‘captaron’ una de las connotaciones singulares del ‘Estado socialista’. Más allá de un probable pasaje de lenguajes, la carta termina declarando que “el principio de la nacionalidad choca contra toda tendencia internacionalista” y constatando que “algunos (excombatientes) creen en un socialismo nacionalista” (cfr. más adelante la LECNAS, legión de excombatientes Nacional-Socialista)\*\*\*\*.

Sin aún profundizar los análisis, notamos ya que ciertos signos ideológicos fundamentales (*ideologemas*) —nacionalismo, socialismo— comienzan a circular y a conformar lo que Faye denomina ‘la constelación de las **versiones activas**’. Las secuencias del proceso histórico boliviano comienzan a estar marcadas por tal circulación ‘novedosa’ (incluso si se trata de una ‘simple’ traslación del discurso

político europeo de la época)\*\*\*\*; marcadas en sus puntos, llamémoslos, de inflexión contradictoria y paradójica. Si, al decir de un veterano de la guerra, antes de la misma se **hablaba otro lenguaje**; entonces, la experiencia profundamente frustrante de la derrota y la quiebra total del orden tradicional, no hacen sino exigir **un nuevo lenguaje**: un lenguaje **propio**, específicamente boliviano. La búsqueda de una tal lengua se hizo casi frenética y comenzó invocando el principio de la nacionalidad (indios incluidos) contra los “patrones internacionales” como reza la editorial del número 30: “Bolivia debe hacer “su” socialismo, “su” revolución (...)”; y la del 1-9-36 (número 58): “El sentimiento de las generaciones de postguerra está alejado de toda fórmula extranjera, así sea fascista como comunista”.

Aparentemente, existen dos **inhibidores** actuantes sobre el emergente nuevo lenguaje: por un lado, la rosca que persiste en “hablar como antes”; y, por otro lado, las **fórmulas extranjeras**, tanto comunistas como fascistas (aún cuando la impugnación de fascistas recaiga sobre los socialistas estilo ‘socialismo militar’, y con razón). Subrayemos que el sintagma “nacionalismo revolucionario” oscila, barre los campos de sus inhibidores actuantes, rediseñando este famoso “pensamiento socialista” **inevitable** de postguerra. A diferencia de un inicio

\*\*\*\* En el número 325 del 10-8-37, bajo el provocativo título de *¿Mussolini colaborador de “La Calle”?*, se hace mención de la reproducción por “el legionario”, de la doctrina fascista descrita por el Duce para la Enciclopedia italiana, bajo el título de IDEOLOGÍAS (sección “ajena” publicada por “La Calle”, en nombre de su “hospitalidad periodística”).

\*\*\*\*\* Según Faye (*Addendum* al Libro II de *Langages totalitaires*, pp. 602-604), más que de ‘simple’ traslación, se trataría de desplazamientos que “inscriben, en el espacio político, la oscilación misma de los signos ideológicos”. Es más, “(l)a conjunción de un sintagma de la lengua política alemana con una palabra de la lengua política española —‘nacionalismo revolucionario’, ‘falange’— contribuye a producir esta *estructura subyacente* que se revela común a las dos lenguas y comunicable a escala de los continentes; esta prosodia oscilante de la lengua ideológica mundial, de sus ‘reglas cartográficas’, de sus ‘mapping rules’ (Morris Halle), de sus reglas de juego transformacionales”. Faye sugiere que, en este contexto, el clima “antiimperialista”, en el que se gestó el M.N.R. boliviano, significaba entonces, “simpatías pro-hitlerianas”. Sostiene, en esa dirección, que los “consejeros nazis que han servido como cuadros en el ejército boliviano durante la Guerra del Chaco —hay que recordar el rol de Rohm en Bolivia—, no pudieron no haber dejado huellas en la ‘generación del Chaco’, aquella de Paz Estenssoro”. Una de tales huellas es reconocible en el ‘gen’ conservador del nacionalismo revolucionario (reforzada por la interpelación indígena), en términos de revolución conservadora, es decir, de centro discursivo-narrativo de regulación de los polos de oscilación de todos sus *ideologemas* componentes y de sus *inhibidores* también.

notoriamente ‘tímido’, *bon enfant*, el discurso empieza a ser enunciado con vigor, introyectando una pulsión *antiintelectualista* — propia para siempre del *ideologuema* NR —

El sentimiento anti-rosca, común a toda la generación del Chaco, se traduce aquí en términos de una impugnación de la manera de administrar y organizar el Estado, manera anular, concentracionaria y segregacionista, en definitiva, **colonial**. Tal manera es anulada por el desastre bélico (aunque no exclusivamente por él) y reemplazada por una manera ‘socialista’ que intenta restituir el Estado a la superficie total del país; por supuesto, las cosas fueron menos simples si creemos, p.e., a Luis Peñaloza (historiador del M.N.R.) afirmando que el llamado Socialismo Militar fue un “truco” de la rosca — entiéndase “barones del estaño” —, para evitar su cuestionamiento económico. Vale decir que, también la rosca comenzó a balbucear y a ensayarse en el incipiente discurso nacionalista. ¿Por qué no? Este camuflaje tendía, seguramente, a amortiguar la tendencia anti-imperialista de la generación fraguada en el Chaco. Lo cierto es que el rechazo epidérmico de las “influencias exóticas” jugaba sobre otro registro centrado en la pugna ideológica internacional y que permitía, discursivamente, desplazar y proyectar el problema nacional sobre el económico, obnubilando éste último. Balbuceo y obnubilación: la sintaxis política boliviana explicitada en ese momento, evacuó *in ovo* la función crítica del lenguaje.

Mostremos ‘lo que pasa’ en “La Calle” respecto a la oscilación mencionada. Número 59 del 2-9-36: “Debemos aceptar nuestra personalidad, oponernos tenazmente a las influencias exóticas que destruirían los sutiles elementos que constituyen el **alma nacional**”. Entre los números 61 y

64, leemos: “Los partidos no se gestan en un solo día, los partidos son la consecuencia lógica de la vida de los pueblos” -cfr. el elemento “apolitismo”-. La cuestión del partido empieza a plantearse de otra manera. Este planteamiento viene asociado a una nota sobre la Universidad, en la cual se denuncia a la misma como “trinchera de la rosca”, “reaccionaria”, “refugio de emboscados y anticuarios” y a los universitarios como “pseudo-intelectuales”; según la nota, sólo “la clase excombatiente (...) comulga unánimemente con el credo de exaltar la nacionalidad”. Inclusive, “la existencia de un naciente y vigoroso sentimiento de clase” entre los obreros se ve atropellada por el “entrometimiento de los ‘intelectuales’ cuyas posturas petulantes ya han aburrido a la clase obrera”; tales “intelectuales” de “inspiración extranjera y de tendencia anarquizante” tratan a los obreros de “analfabetos”, “ignorantes” y “serviles”. Cabe mencionar que el secretario general de la Federación Obrera del Trabajo de ese entonces, sostiene que “la liberación del proletariado es y será obra exclusiva del proletariado”: tal el “**mandato marxista**”.

Pero, la serie ‘más elocuente’ de este movimiento oscilatorio, lo encontramos en el artículo “El ejército boliviano y la causa socialista”, firmado por E. Loza, emisor coyuntural y portavoz genuino de la versión del llamado Socialismo Militar. El artículo pone en circulación otros dos signos ideológicos: **Patria Nueva** y Bolivia Nueva; es más, formula una triple y curiosa igualdad conmutativa: a) el gobierno es igual al ejército + el proletariado + el partido Socialista; b) el gobierno es igual al ejército + el proletariado + la juventud intelectual + la raza aborigen; y c) el gobierno socialista es igual al gobierno del pueblo. Lo cual equivale a concluir en “la unión espiritual entre el pueblo y el ejército”; ya que, “el triunfo de la

revolución socialista es la vida misma de la Nación”.

Lo anterior puede encontrar su correlato en los **tópicos** del programa político de la Legión de ex-combatientes Nacional + Socialista: Tierra, Trabajo, Hogar y Patria. La LECNAS sostiene que la tierra es de los que la trabajan y propugna el “retorno progresivo y lento de la tierra a propiedad del Estado”. Esto implica, en palabras de Germán Busch, (realizar el desdoblamiento) “de una nación minoritaria, en una nación de **sentido social totalitario**”. Pero, nada más ilusorio que creer que el conjunto de las narraciones inmediatas desplegadas hasta el momento guardan, entre sí, un encadenamiento coherente y sistemático; posiblemente ese sea el caso cuando el “nacionalismo revolucionario” esté fraguado y haya **cambiado la cara** de la historia boliviana. Estamos aún lejos de ello; aún cuando, prácticamente, todos los signos ideológicos que compondrán el sintagma final estén ya presentes en las diversas versiones adelantadas hasta el momento; es más, aún cuando, talvez, ya se puedan esbozar las primeras líneas de una **topografía de los relatos**. ‘Lo que pasa’, pasa todavía al ‘interior’ del órgano: es cuestión de palabras, de ciertas palabras, de aquellas que, según un titular del 9-5-37 “conducen la afirmación histórica de los pueblos”.

A partir del número 256 (17-5-37), asistimos a un proceso de ‘depuramiento’ de ciertos enunciados gracias, en parte, a la acción de los **inhibidores**; y, sobre todo, a la atención creciente que comienzan a retener la cuestión formal del Estado, el problema económico y, evidentemente, el **problema indigenal**. Este proceso de depuramiento acelera simultáneamente a) una formulación más precisa del ideologuema nacionalismo ‘cargado’ de connotaciones nazistas y fascistas; b) una

demarcación de los límites del signo socialista (diríamos, de su inflación), al interior del campo de las **versiones activas** que nos ocupa; y, c) la apertura casi imperceptible a la posibilidad de invertir bajo un cierto signo progresivo en el movimiento nacionalista.

En el número citado, David Toro —presidente de gobierno—, se declara “protector del capital lícitamente adquirido” y, expresa que el “Socialismo de Estado Boliviano sólo (busca) la extensión de los beneficios de ese capital al pueblo mismo”. He ahí una puntualización interesante de los alcances del denominado Socialismo Militar”. Pero no es la única: en el artículo “El capitalismo de Estado necesario a la transformación”, su autor (jefe del Partido Socialista de Estado, partido efímero fundado por el gobierno militar), discierne con precisión lo que él llama “la esencia del derecho constitucional contemporáneo”; tal esencia, continúa, “no está precisamente en el problema de la producción de la riqueza, sino en la repartición de la misma, presentando un fondo jurídico y moral que abarca toda la síntesis doctrinal de la forma de gobierno revolucionario”. Esta secuencia es sumamente importante para dar con lo que podríamos denominar, provisionalmente, la **gramática del lenguaje conservador boliviano**; pero, también y curiosamente, la gramática de un cierto lenguaje revolucionario. Capitalismo de Estado, Socialismo de Estado, “forma revolucionaria de gobierno”. Nuevos signos ideológicos, cuya sumatoria (algebraica) total hará no solamente ‘enunciabiles’, sino también ‘aceptables’, ciertas decisiones o ‘conjunto de decisiones’ que serán tomadas al día siguiente de la Insurrección de 1952. “Fondo jurídico y moral, continúa el autor, que consiste en la defensa de la dignidad humana y en el equilibrio del capital y del trabajo”. Lejos del cuestionamiento del Estado entonces; se le otorga,

como por azar, un simple rol regulador, de arbitro. Alegando, además, que la doctrina política actual —inspirada en “el concepto filosófico del socialismo”—, “gravita en la solidaridad humana, base (...) del Capitalismo de Estado, necesario a la transformación económica y social de la Nación”.

La combinatoria de los signos ideológicos no ha agotado, aún, sus posibilidades; Augusto Céspedes —importante emisor ideológico—, nos propone en el número 267 del 1-6-37 un “... socialismo revolucionario que cree en una nación sustantiva como raíz de todo esquema de organización social en Bolivia (...) para combatir a la **antinación** que desnubre desde hace 30 años nuestra soberanía...”. Qué contraste con el discurso ‘indigenista’ que hace su entrada en “La Calle” un 3-5 de 1938. En apariencia, banal discurso de una “compañera indígena” quien, a propósito del 1 de Mayo, y en su aymara natal, “proclamó la necesidad de salvar a los indios de la esclavitud de las haciendas y del pongueaje, de la acción inmoralista de los curas...”. Treinta años de soberanía desnutrida frente a una esclavitud secular sufrida en carne propia!

En la editorial del 29-7-38 titulada “**Sentido nacionalista del Socialismo**”, se constata, en referencia a una carta de Walter Guevara, otro eminente emisor del periodo, dirigida a un capitalista boliviano, lo siguiente: “El socialismo boliviano es precisamente el núcleo bolivianista que, a falta de un capitalismo realmente boliviano, tiene que asumir la tarea de defender al país contra el imperialismo extranjero...”. Y, más adelante, “(es) alrededor de un Estado socialista, nacionalista y autónomo que debería establecerse el núcleo antiimperialista, en el que las masas y los capitalistas nacionales defenderían unánimemente la riqueza nacional: con Bolivia o

contra Bolivia es el terminante dilema que plantea el socialismo boliviano”.

La preocupación por el Estado se prolonga en una siguiente editorial, la del 25-11-38 que se pregunta “¿Existe el Estado en Bolivia?” y que responde, sin hesitación, que Bolivia “no ha llegado más que nominalmente a la categoría de Estado constituido”; y, a lo más, “el Estado no constituye otra cosa que un instrumento de los intereses particulares y lo que pudiéramos llamar una **formación constitucional de la anarquía**”. La editorial termina con la pregunta: “¿no valdría la pena considerar que el problema elemental de la nacionalidad consiste en crear un Estado respetable?”. En el número 649 (31-5-39), en la sección nominada significativamente “Conserve la derecha” y, refiriéndose a un documento de un grupo de izquierda, leemos: “...ese grupo izquierdista (...) persiste en el error de suponer que el movimiento revolucionario boliviano tiene que caracterizarse precisamente como izquierdista, siendo así que es el **concepto nacionalista** —en el que se aproximan, (...), **tendencias fascistas y socialistas**— el que viene a construir una **forma típica boliviana**”.

En dos años, el ritmo de la producción narrativa se acelera dando a luz, por intermedio de Augusto Céspedes, a una ‘serie’ de artículos con títulos fuertemente llamativos y nada equívocos. Tales titulares se encuentran en los números 695, 696, 698 y 699 y enuncian: - “¿Hacemos fascismo o lo compramos hecho?”; - “Hitler y Stalin se conocen pero no se saludan”; - “Seamos fascistas, pero al revés”; y, - “Seamos también rascistas” (sic). Famosa serie que soportará el relato ‘falso’ de un *putsch* nazi el 20 de Julio de 1941 y la consiguiente clausura de “La Calle” hasta Octubre de 1941. Serie que se rebate, también, sobre un encendido debate en el parlamento a causa

de la “cuestión judía”, más propiamente de la posibilidad de una inmigración judía. Y, en el caso, nada menos que Víctor Paz Estenssoro —inminente fundador del Movimiento Nacionalista Revolucionario (M.N.R.)—, se opondrá a tal inmigración por razones ‘casi’ obvias. El asunto dará pie mucho más adelante en el tiempo, a un curioso artículo de Carlos Salazar M., titulado “Fundamentación materialista del antisemitismo” y a la expresión “nacionalismo aborigen”: todo esto ya en 1942.

Uno de los puntos culminantes, una de las **versiones activas** más acabadas está dada en el artículo de un tal José Cuadros Q. —redactor de las Bases y principios del M.N.R.—. El artículo se publicó en el número 1497 de “La Calle” y se titula: “Proclama de 1809 - Ideología política de nuestro tiempo”. Nos contentaremos en presentarlo. Para Cuadros, existe, en ciertos “instantes cardinales” de la historia, una necesidad de “compulsar los valores del pasado”, a dicha necesidad la denomina “afán revisionista”. En el fondo, tal afán persigue, sencillamente, “reducir los procesos trascendentales a fórmulas casi matemáticas”. Los virtuosos que operan, en América, dicha reducción, son los caudillos, “hombres que explican la realidad con una manera peculiar de verla (...) y que al enjuiciar el momento político adquieren cierta fisonomía de ideólogos o de filósofos”. Para nosotros, sobreentiende Cuadros, “que no hemos tenido enciclopedistas (...) la proclama de 1809 es ahora la razón de nuestro movimiento. Es nuestra ideología. Nuestra fe exhumada de la tierra nativa cuyo espíritu palpitó una vez en la sangre enardecida de una gloriosa cabeza de mestizo”.

El año 1942 será, pues, un año capital y por varias razones. Mencionemos un par

íntimamente ligado. Por un lado, la masacre de los mineros de Catavi perpetrada por el ejército; consecuencia: cambio de la ‘figura’ ejército —el Socialismo Militar, a la manera de Toro y Busch, está enterrado definitivamente—. Por otro, la denuncia vigorosa de la misma por Víctor Paz Estenssoro; consecuencia: la ‘figura’ Estenssoro se consolida, abriendo la posibilidad de ‘enganchar’ —más tarde, entre 1946 y 1952— ciertos elementos progresistas en el sintagma final “nacionalismo revolucionario” centrado. El **oscilador ideológico** ha barrido la totalidad de su campo y sus ‘**efectos de producción de acción**’ comenzarán a materializarse.

En fecha 1-5-43, “La Calle” retiene una asamblea —“sorprendente demostración de poderío popular” — del Movimiento Nacionalista Revolucionario, que se desarrolla al son de “viva Bolivia, viva el Movimiento, abajo el comunismo, abajo la rosca; ni fascismo ni comunismo, sólo por Bolivia”. En Noviembre del mismo 43, “La Calle” publica las Bases y Principios del M.N.R. Al mes siguiente, el M.N.R. se hace del poder, vía golpe de Estado, aliándose a la logia “Razón de Patria” (RADEPA, fundada durante la guerra en los campos de prisión paraguayos), de tintes fascistoides. Un miembro eminente de la misma, el militar Gualberto Villarroel, será nombrado presidente de la República.

El sistema narrativo -en el estado de su articulación- sale de “La Calle” a confrontarse con lo real, en el afán de modificarlo. Aún cuando la hora de los ‘verdaderos’ cambios no ha llegado; las narraciones continuarán desenvolviéndose, esta vez, **en la calle**: “la narración y la voz del tambor de la nación, franquearán de golpe las fronteras”.<sup>13</sup>

<sup>13</sup> FAYE, J.P., *Langages totalitaires*, p. 44.

En cuanto a nuestro periódico se refiere, el mismo parece no existir a lo largo del 44; en los primeros meses del 45, su atención se orienta, con cierta insistencia, a tratar el **problema indigenal**. “La Calle” dejará de imprimirse, definitivamente, en Julio del 46, cuando la chusma cuelgue al presidente Villarroel, dando fin a la primera experiencia de gobierno del M.N.R. “La Calle” se transmutará, en tiempos mejores, en “La Nación”<sup>\*\*\*\*\*</sup>. Terminemos, pues, esta rápida y somera reconstitución, deteniéndonos ‘en lo que pasa’ en nuestro órgano sobre la “cuestión del indio”.

En el número 2212 del 28-1-45, se publica una entrevista al ‘campesino’ Fausto Quiroga. Reproduciremos un largo trozo de la misma, sin comentario alguno, para mostrar la aparición tímida, embrionaria de una nueva ‘**sintaxis política**’: “Nosotros el elemento indio de la nacionalidad boliviana queremos que se realice un congreso indigenal en el país, pues en él quisiéramos ser escuchados siquiera una vez. Hasta hoy, nosotros hemos sufrido el despotismo de los que se dicen superiores: el blanco y el cholo; hemos sido ultrajados por extranjeros y bolivianos, ambos nos han arrebatado nuestras tierras. Hemos oído hablar no sólo una sino mil veces, que nosotros los indios representamos la tradición histórica del país, que somos el baluarte económico de la nacionalidad, que somos el porvenir de la patria; pero, ¿acaso se nos da cultura, se nos da el libro en el que aprendamos el valor moral y material de las cosas? ¿Acaso somos ciudadanos conscientes? ¿Acaso formamos parte de la nacionalidad? ¡Si parece que no existiéramos en la vida boliviana! Sin embargo, el eterno tema es el indio. Si llega a realizarse el congreso

indigenal, queremos hablar nosotros; no que otros hablen por nuestra raza, porque nadie, sino nosotros mismos, sabemos y comprendemos nuestra tragedia”.

He ahí una secuencia narrativa que, junto con otras, conformará lo que hemos llamado **interpelación indígena** o polo central del campo de la producción discursiva social boliviana. Las condiciones materiales de enunciación están dadas para dar lugar a una cierta narración ‘indígena’ que conjugue el problema de la tierra y aquel de la nacionalidad. Las variantes que se irán introduciendo en el juego plural de los relatos y contra-relatos, permitirán inclusive, que algunas versiones articulen — más tarde que temprano — lo que Faye denomina narración ‘primitiva’ (cfr. como ejemplo puramente indicativo, la versión ‘Imperio socialista de los Incas’ de Tristán Marof, marxista y socialista de primera hora).

1945 es, también, el año del primer Congreso Indigenal de Bolivia. Congreso decisivo por más de una razón; en él se pudo, por primera vez en la historia republicana del país, apreciar, discursivamente por supuesto, la confrontación de dos esquemas narrativos antagónicos: por un lado, el esquema ‘indígena’, ambiguo aún y no totalmente explícito; y, por otro lado, el esquema, llamémosle por falta de nombre ‘no-indígena’, en todo caso, esquema narrativo a pretensión nacional (indios incluidos). Si bien, el mencionado congreso dio a los representantes de las diversas nacionalidades indias la posibilidad de expresar, oficial y públicamente, sus preocupaciones más inmediatas y urgentes, tal congreso, es nuestra opinión, hizo posible, sobre todo, la consolidación e imposición de un ‘discurso sobre el indio’ que será, desde entonces, el **único** discurso normalizado y

<sup>\*\*\*\*\*</sup> Diario de la Revolución Nacional, donde el sintagma nacionalismo revolucionario ‘ordenará’ la sintaxis del discurso estatal oficialista. Augusto Céspedes será su director y alguien como René Zavaleta, llegará a ser su subdirector.

aceptable para el Estado boliviano (radicalmente no indio). Tal discurso es la condición de posibilidad más importante del 'pongueaje político' que el nacionalismo boliviano ejercerá sobre los indios, después de liberarlos del 'pongueaje feudal' al que estaban sometidos desde la Colonia.

Podemos señalar dos manifestaciones claras del pongueaje político: la primera corresponde al poder civil y tiene por forma las milicias campesinas; la segunda, corresponde al poder militar y tiene por forma el pacto militar-campesino. ¿En qué consiste la normalidad, lo normal de este discurso único? ¿Cuáles son sus elementos más sobresalientes? Digamos, primero, que parte de la siguiente premisa: los indios son parte de la nacionalidad boliviana, eso sí, la parte menos integrada a la "vida activa del país" y nada más. Una vez supuesta y admitida la nacionalidad boliviana de los indios, queda simplemente por resolver el problema que hace obstáculo a su integración, vale decir, el problema de la tierra. Así:

- a) se transforma (discursiva e históricamente) al indio en campesino.
- b) se reduce el problema indigenal al problema de la tierra.
- c) se reprime e inhibe las cuestiones nacionales y socio-culturales de los indios.

Augusto Céspedes, emisor ideológico ya mencionado, cree en su editorial del número 2218 (4-2-45) que los indios no poseen sugerencias para encarar el problema (indigenal). Según él, es el Estado el que debe asumir la dirección del movimiento indigenal, a fin de que no se desvíe hacia una "obra de mera agitación"; la desvalida raza indígena tan incomprensida de los 'civilizadores' a la europea como de los demagogos marxistas, "sufriría del desorden". Igual opinión sostiene un ministro del gobierno de Villarroel, para

quien "(el indio) no quiere ni desea ir a la sublevación porque comprende y teme las consecuencias de tal actitud"; el tal ministro aboga por la evolución pacífica y no por la revuelta; para él, la "liquidación integral" del problema indigenal es cuestión de tiempo y mucho trabajo: la dominación completa del indio se la logrará por medios pacíficos; el acercamiento, el uso de su lengua, la atención de sus necesidades, apurarán su integración.

Es interesante subrayar que el problema indigenal es planteado en términos de la inquietud y no del conocimiento. Se desea integrar al indio porque se le teme y porque se ve en él un factor de trabajo, de producción y de defensa. Esta es la herencia de la guerra del Chaco. El indio está llamado a defender la soberanía nacional; para ello, hay que resolver el problema de la tierra, restituyéndola al indio convertido en campesino, en agricultor. Lo demás quedará circunscrito al dominio de las tradiciones, del folklore y de la curiosidad pseudo-cultural y científica.

Detengámonos, antes de terminar nuestro singular recorrido de "La Calle", en los discursos (oficiales, de partido o de los indios mismos), pronunciados en el mencionado Primer Congreso Indigenal (inaugurado el 10-5-45). El discurso, en aymara, de Francisco Chipana Ramos (Presidente del Congreso, al cual asistieron más de mil 'campesinos indígenas, representantes de 2 millones de bolivianos), enunciado como réplica al del Presidente Villarroel, quien afirmaba que "hoy comienza la obra del Gobierno que vela por ustedes como una padre por sus hijos... (etc.)", sostiene, entre otras cosas, lo siguiente: "Lo que el presidente de Bolivia quiere es que sepamos trabajar mejor para vivir mejor; para que las cosechas sean grandes y todos estén contentos; para que

todos sepan leer y para que sean limpios y sus almas sean buenas". (...) La Revolución es lo que ha de venir para bien de todos. Es como el viejo cóndor de los altos cerros, con su penacho blanco, y que nos ha de cobijar a todos con sus poderosas alas..."

La organización sintagmática del enunciado oficial pone en juego los siguientes elementos:

- a) el Gobierno (y, más precisamente, el Presidente del Gobierno) como padre de los campesinos.
  - b) los campesinos como hijos de "esta bandera", ergo, del Gobierno.
  - c) el trabajo como *contrainte* y el progreso como única finalidad.
  - d) la negación de cualquier manifestación contestataria, violenta o no.
- a) y b) mantienen relaciones de solidaridad; c) y d) entretienen relaciones de selección.

El enunciado oficial, juega a un otro nivel, con un intertexto (fácilmente identificable) cultural: el mismo se refiere a un lugar común de la moral preceptiva incaica. La cual se la asume en la triple frase: "No seas mentiroso, no seas ladrón, no seas flojo", triple frase que, según dicen, cumplía la función de saludo entre los indios del Imperio incaico; pero que, probablemente, fue simplemente la enunciación sutil de un sistema totalitario de dominación. El discurso oficialista, finalmente, se traducirá en un curioso y altamente significativo **Decálogo del Campesino** (dictado por el propio presidente Villarroel); y, en cuatro decretos redactados a partir de las 29 recomendaciones aprobadas por el congreso. Decretos sobre: 1) la abolición del ponguaje y otros servicios gratuitos; 2) la obligatoriedad del establecimiento de

escuelas en los centros indígenas, fincas, etc.; 3) y 4) las definiciones de las obligaciones de los patrones y colonos, en tanto se dicte el Código Agrario.

En cuanto al mensaje del M.N.R. — uno de los organizadores del Congreso —, éste se resume en el enunciado siguiente "El problema del indio es el problema de la tierra" y la solución de tal problema será una realidad gracias a la Revolución Nacional, cuyo asunto, políticamente hablando, no es un 'asunto indio'. Sólo, entonces, cuando la "revolución alcance (su) meta (...) vendrá la emancipación definitiva del campesinado".

Sería muy largo, en el marco de este recorrido, mostrar la complejidad propia a la práctica narrativa indígena (apoyada fuertemente sobre unas mitologías y unas simbologías perfectamente discernibles). Contentémonos, simplemente, con afirmar que los símbolos indianistas (sobre todo los que tienen que ver con las llamadas 'relaciones de reciprocidad' y con el problema de la tierra), puestos en juego por la narrativa indígena, fueron definitivamente adoptados por el nacionalismo revolucionario para su enfrentamiento radical con la rosca. Las razones de tal adopción habrá que buscarlas del lado de la racionalidad económica, propia al *ideologuema* N+R, pero desconocida para la interpelación indígena. Entretanto, como lo dirá F. Chipana Ramos, en la clausura del 1er. Congreso Indigenal: "Ahora, después de habernos conocido, de haber discutido nuestra suerte, nuestros problemas, debemos ir a trabajar en el campo". Las puertas de una 'otra historia' no habían sino comenzado a entreabrirse tímidamente para el, desde entonces, "campesinado nacional"<sup>NB.</sup>

<sup>NB.</sup> Este texto fue redactado en 1985 y forma parte del apartado 3.1.2. "Los grupos *medians*" de una tesis de filosofía de la historia, elaborada en la Universidad Católica de Lovaina – Bélgica.